

## EL PROGRAMA DE FILOSOFÍA PARA NIÑOS

Juan Carlos Lago Bornstein.

En APRENDER A PENSAR nº 1, Revista Internacional de los Centros de Filosofía para Niños y para Crianças. Madrid, 1990.

¡Filosofía para Niños! Probablemente los signos de exclamación no reflejan suficientemente bien la posible perplejidad de muchos de aquellos que lean este trabajo.

Ciertamente, la expresión «Filosofía para Niños» puede provocar ciertas reacciones negativas, algunas de extrañeza, otras de incredulidad y muchas de burla o rechazo. Pero realmente esto no tiene por qué darse. La idea de una filosofía para niños y de los niños o hecha por niños no es una cuestión absurda o ridícula, ni tampoco un tema para ser tomado a broma.

Este trabajo pretende mostrar, justamente, la seriedad del tema. En él se defiende, precisamente, el que los niños pueden hacer filosofía, o más exactamente, que los niños hacen un tipo concreto de filosofía. Y además, que es deber, de los padres y de los maestros potenciar esta labor en lugar de asfixiarla y anularla.

Pero vayamos por partes. ¿Es cierto que los niños hacen filosofía? Creo realmente que sí, que hacen filosofía. Tal vez no hagan el tipo de filosofía a que estamos acostumbrados hoy en día, una filosofía como transmisión de contenidos más o menos históricos o convencionales, sino que más bien se trata de una filosofía en su sentido más auténtico y originario; filosofía como investigación, como cuestionamiento de la realidad y del mundo, como pregunta.

¿Que los niños no paran de cuestionar el mundo y la realidad que les envuelve es algo que cualquier padre o maestro sabe perfectamente y puede dar fe de ello. Pero no sólo para éstos es evidente, tomemos la opinión de un llamado «profesional» de la filosofía, por ejemplo la de XAVIER RUBERT DE VENTOS, quien en su obra *Filosofía y política* reproduce una «posible» conversación entre un padre y su hijo:

«—¿Y por qué trabajas todo el día, papá?

— Para que tú puedas ir a la escuela.

—¿Y para qué he de ir a la escuela?

—Para estudiar y aprender muchas cosas.

—¿Y para qué he de estudiar y aprender muchas cosas?

—Para que, cuando seas mayor, puedas ganarte la vida.

—¿Y para qué he de ganarme la vida, papá?

—Para casarte, tener hijos...

—Y que los hijos vayan a la escuela? Así, yo voy a la escuela para que mis hijos vayan a la escuela, para que...

Este es el momento en que los mayores no sabemos ya qué contestar y apelamos a la autoridad:

—Mira, calla y deja de hacer preguntas tontas.

Pues bien, son estas preguntas tontas las que no deja de hacerse el filósofo toda la vida.» (1984, pág. 15.)

Como vemos, el problema surge cuando el adulto, sea padre o maestro, no puede o no sabe qué contestar y no

quiere admitir tal imposibilidad. De ahí surge el «calla niño», el «eso es así porque tiene que ser así» o el «cuando seas mayor ya lo entenderás». Y es entonces cuando ese impulso por cuestionar el mundo y sus supuestos, esa «capacidad filosófica» de preguntar por el porqué de las cosas, se frustra y se atrofia, convirtiéndoles o bien en adolescentes egoístas, problemáticos y desinteresados por todo aquello que no sea su propio interés y su propia «realidad» o bien en adolescentes pasivos y apáticos, que aceptan la realidad tal y como se la presentan, sin preguntarse por sus fundamentos ni por la verdad o coherencia de los mismos.

En este sentido me gustaría reproducir otra conversación que, como la de RUBERT DE VENTOS, puede no haberse dado realmente, pero que no por ello deja de ser posible y muy «real». Esta conversación nos la presenta Félix GARCÍA MORIYÓN en su artículo «*Filosofía para Niños*»: «Por si no queda claro lo que estoy exponiendo, bastaría con ir un día en el “metro” con un niño. Una vez que uno se ha subido tranquilamente al vagón y está ojeando un periódico, aparece un mendigo que expone públicamente su dura situación y pide una limosna; en ese momento, instintivamente, nos enfrascamos más concienzudamente en la lectura del periódico, procurando no levantar la vista.

Pero nuestro hijo nos dice inmediatamente: “¡Papá! ¿No le vas a dar algo?” Optamos por dar una moneda o decir que no, pensando recuperar la tranquilidad perdida, pero es fácil escuchar a continuación: “¡Papá! ¿Por qué hay pobres?” El desayuno comienza a atragantárenos y la lectura del periódico ya no parece posible. Si decidimos aceptar el diálogo con nuestro hijo, estamos absolutamente perdidos.

«Tras nuestra respuesta, normal mente corta y poco convincente para el niño —que es pequeño pero no es tonto—, éste inmediatamente nos puede decir: “Y tú, por qué no das parte de tu dinero a quien lo necesita?”, o con más contundencia: “Pues si en casa tenemos sitio, por qué no lo llevamos al pobre a comer y vivir con nosotros?”» (1986, páginas 1112.)

De hecho, la mayoría de los adultos han asumido que la pobreza es injusta, pero que no está en sus manos remediar tal injusticia pues «el mundo es así y no podemos hacer nada para cambiarlo» o «porque la cuestión es muy complicada y hay muchos factores en juego (gobiernos, mercados internacionales, bancos, bolsas, etc.)» y así tranquilizada nuestra conciencia pretendemos que el niño se quede también tranquilo.

Pero, como añade García Moriyón, «si optamos por cortar en seco el diálogo, el niño se desanimará y progresivamente perderá el interés de plantear «sencillas» preguntas sobre la vida social o sobre la justicia y los comportamientos éticos» (1986, pág. 12).

Pero ésta no es la única posibilidad que tenemos; también podemos renunciar al cómodo camino de nuestra

autojustificación e intentar responder lo mejor posible a las cuestiones planteadas por nuestro hijo. Entonces, «si

optamos por dialogar, su interés no decaerá, sino que es posible que luego nos pregunte cosas tan «sencillas»

como las causas de la existencia de las guerras, la razón para respetar a los animales domésticos y las personas, el porqué es necesario ir al colegio o la razón para que los adultos puedan mandar a los niños y éstos tengan que obedecer» (GARCÍA MORIYÓN, 1986 Pág. 12.)

Por otra parte, cuando afirmamos que **los niños son capaces de hacer filosofía**, estamos refiriéndonos precisamente a esta capacidad de hacerse preguntas, de cuestionar la realidad, el mundo y la sociedad en que vivimos, así como los valores que en ella imperan. En este sentido es interesante retomar la opinión de RUBERT

DE VENTOS, para quien «filósofo, en efecto, es aquel que ve en cada respuesta un nuevo problema, en cada iluminación una promesa de tinieblas nuevas. Y es preciso reconocer que en eso se parece mucho a los pequeños.

Los niños, como sabéis, siempre hacen más preguntas de la cuenta» (1984, página 15.) Por lo tanto, debemos partir de ese estado de «inocencia» de los niños, de la ausencia de «justificaciones y excusas», de esa inquietud y capacidad de interrogarse por el sentido o la razón de las cosas, para potenciar un desarrollo crítico pero positivo del niño, con una mente abierta y despierta y así lograr una persona reflexiva pero decidida, que sepa pensar bien y pensar por sí mismo, con iniciativa, con sentido de lo que se debe hacer, con respeto, etcétera.

De ahí que, sumándose a la opinión de Eulalia BOSCH, considere que «la capacidad de los niños para interrogarse es necesaria, pero de no cultivarse, se atrofia. Los maestros suelen quejarse de que los niños de EGB no callan; los profesores de Bachillerato suelen lamentarse de que sus estudiantes no preguntan ni aun cuando no entienden». (1988, página 57.) Luego, es necesario que ya en los niveles de EGB, se prevean los medios o el modo de que esa capacidad para interrogarse no se pierda.

Uno de los modos posibles, por no decir el mejor, sería llevar la actividad filosófica a estos niveles, de manera que, mediante ella, la cualidad «natural» de hacer preguntas se perfeccione y se desarrolle. ¿Pero cómo llevar a cabo tal labor?, ¿cómo conseguir que los niños filosofen en clase?

Evidentemente no se trata de reproducir los actuales currícula de filosofía de BUP o de COU, pero adaptados a niveles más «bajos», a los niveles de EGB. Ni tampoco se trata de rebajar la calidad de la filosofía para así hacerla más accesible y entretenida.

No, la filosofía debe seguir siendo siempre filosofía y el rigor jamás debe perderse. «Sin embargo, todo esto debe hacerse en el lenguaje de los niños. La terminología filosófica, por muy valiosa que pueda ser para la filosofía tradicional, tiene que ser desmontada y sustituida por el lenguaje ordinario de todos los días. Esto se puede realizar con una pérdida sorprendentemente pequeña. Una vez hecho esto, la filosofía ya no intimida tanto a los niños, ni a los profesores.» (LIPMAN, Matthew, 1985, pág. 9.)

La cuestión fundamental es, pues, otra muy distinta. Una posible «**Filosofía para Niños**» debe partir, como ya hemos dicho, del aprovechamiento de las aptitudes naturales de los niños tal y como se van desarrollando en ellos y, con la ayuda de ciertos materiales específicos y de profesores preparados, intentar perfeccionarlas lo más posible y, por tanto, ayudar a los niños a sacar el mayor «provecho» y «rendimiento» de ellos mismos. Esto significa que hacer filosofía con los niños, o más concretamente, que los niños filosofen, supone un conocimiento de las capacidades y facultades de los niños, así como la existencia de un programa y unos materiales de apoyo que permitan llevar a cabo tal programa. Actualmente hay diversas propuestas de métodos para ayudar a pensar o desarrollar las capacidades cognitivas.

Donde ya no hay tanta oferta es con respecto a programas concretos y estructurados de filosofía para niños. De entre ellos, a continuación voy a presentar el que considero más adecuado:

### **El programa de Filosofía para Niños, de Matthew Lipman.**

En primer lugar, presentaré sucintamente en qué consiste este programa para posteriormente dar las razones que hacen de él un buen programa, de gran valía y que aporta grandes mejoras y beneficios en la educación de los niños.

El Programa de Filosofía para Niños nace a finales de los años setenta de la mano de Matthew Lipman, en el Monclair State College de Nueva Jersey. Lipman, tras considerar las deficiencias en el ámbito cognitivo y del pensamiento con que llegaban los alumnos a la Universidad, se planteó la cuestión de por qué se daban tales lagunas, tales deficiencias. Reflexionando sobre el problema de la enseñanza llegó al convencimiento de que la educación que se daba a los alumnos tendía más a enseñarles a memorizar que a ayudarles a pensar. Descubrió que tal y como estaba diseñado el curriculum se incurría en el supuesto de que el alumno aprendía por sí mismo a reflexionar, a pensar, sin que hiciera falta que nadie le mostrase cómo hacerlo, que nadie le ayudase. Por ello se planteó Lipman que, si «todas las materias presuponen que los estudiantes saben razonar, investigar y formar conceptos, pero si los estudiantes no consiguen hacer todo esto, ¿qué puede hacer el profesor para ayudarles?» (1987, página 346.)

La respuesta fue clara para él. Había que buscar la disciplina que no sólo enseñara una serie de contenidos, ni que transmitiera unos conocimientos, sino que se ocupara sobre todo de desarrollar estas técnicas y de potenciar y perfeccionar las destrezas y capacidades cognitivas de los alumnos. Esta disciplina no puede ser otra que la filosofía, pues «las técnicas para razonar, investigar y formar conceptos que la filosofía nos proporciona aportan una calidad que es indispensable para la educación y que ninguna otra disciplina puede proporcionar» (1987, página 353). Por eso insiste en que «no

podemos confiar la promoción del pensar a las disciplinas no filosóficas, sino sólo a la filosofía» (LIPMAN, Matthew, 1987, pág. 350).

Por otra parte, LIPMAN aboga por una ampliación o extensión de la filosofía a todos los niveles del sistema educativo. Es más, considera que la actividad filosófica —entendida como desarrollo de las capacidades cognitivas y del pensamiento correcto— no sólo puede ampliar su campo de aplicación a los primeros niveles, sino que debe ser llevada a estos niveles, «ya que las técnicas que deben utilizarse en las demás disciplinas tienen que perfeccionarse con anterioridad, la filosofía tiene que dejar de ser exclusivamente una materia de los institutos y universidades para llegar a ser también un componente de la escuela elemental; la disciplina cuyo objetivo es fomentar el pensar en las demás disciplinas» (1987, pág. 350).

Pero ¿cómo puede realizarse tan proyecto?, ¿qué propone Matthew LIPMAN para hacer filosofía con los

niños? Evidentemente, no se trata, como ya comentamos, de volver a caer en los tópicos de la enseñanza de la

filosofía en los institutos o primeros años de la Universidad. Pero tampoco se trata de reducir o rebajar la filosofía a simple charla de café. La principal aportación de LIPMAN consiste en la elaboración de un programa que, basado en una serie de novelas y de manuales de apoyo para el profesor, permite al mismo tiempo un desarrollo de las capacidades cognitivas y una reflexión seria y profunda, es decir, filosófica, sobre una serie de

temas y conceptos fundamentales tanto para los niños como para los adultos. Lo que pretende LIPMAN es, pues, elaborar un *método para enseñar a pensar, pero no sólo a pensar bien, sino sobre todo a pensar bien por sí mismo y a razonar correcta y coherentemente, tanto en su significación lógica como en su sentido ético o moral.*

La base de este método será el diálogo, la investigación en cooperación, el intercambio de ideas y de pensamientos, todo ello a partir de las sugerencias personales provocadas por la lectura de tales novelas. Luego se puede decir que la finalidad de este método es, además de enseñar a pensar por uno mismo y coherentemente, llegar a formar lo que LIPMAN llama una «**comunidad de investigación**» una comunidad de personas dedicadas a la búsqueda de la «verdad» entendida no como un absoluto, sino como ideas y como búsqueda de «coherencia» entre el pensamiento correcto y la actuación adecuada. La «comunidad de investigación» se caracterizará, por tanto, por su intercambio, por su capacidad de comunicación, por el saber dialogar y saber escuchar, por compartir tanto unos valores e ideales como un método y una actitud concreta de respeto a los demás y a la libertad.

Para lograr ese proyecto LIPMAN ha creado un material concreto, planificado y bien estructurado. El programa completo de Filosofía para Niños consta, por el momento, de siete novelas, y sus correspondientes manuales de apoyo, en las que los protagonistas son los niños y su vida desarrollada en situaciones y circunstancias cotidianas y próximas a las del mismo lector. Así, cada novela, o libro del alumno, plantea una serie de situaciones en las que los protagonistas, los niños, tienen aproximadamente la misma edad que el lector y por tanto, inquietudes y problemas

semejantes. LIPMAN, a través estas novelas, introduce de una manera sucesiva, aunque cada novela sea monotemática y pueda ser usada independientemente, los temas, conceptos y destrezas filosóficas que deben desarrollarse.

La idea principal del Programa de Filosofía para Niños es la de ir trabajando con el niño desde una temprana edad, la primera novela está pensada para niños de cuatro a cinco años, e ir poco a poco potenciando sus capacidades y destrezas al mismo tiempo que se va introduciendo progresivamente, novela a novela, en discusiones y reflexiones más complejas y más profundas. El método, pues, está pensado para fomentar un desarrollo completo de la educación del alumno, comenzando a los cuatro o cinco y llegando hasta sus dieciséis o diecisiete. En este sentido el planteamiento temático y de desarrollo de las destrezas sería el siguiente:

+ **Elfie**. Novela de iniciación al programa, está pensada *para niños de cuatro a cinco años*. Con ella se pretende que los niños comiencen a darse cuenta de **la importancia del lenguaje y de sus posibilidades**. Se insiste sobre todo en destrezas como formular buenas preguntas, el dar buenas razones, el contar o narrar historias o cuentos, la comparación y la distinción, etc.

+ **Kio y Gus**. Novela prevista para *niños de seis a siete años*. Se **plantea un primer contacto y encuentro con el mundo y sus elementos**. Se continúa trabajando y desarrollando las destrezas anteriores y se introducen algunas nuevas como la formación de conceptos, la clasificación o la relación partetodo y sentido-finalidad.

+**Pixie**. Pensada para un nivel ligeramente superior, *siete a ocho años*, aunque en estas edades los límites deben ser establecidos sobre todo por el mismo profesor y teniendo en cuenta el grado de desarrollo de sus alumnos. Esta novela vuelve de nuevo a plantear el **tema del lenguaje y de la comunicación**. Por ello, insistiendo en la misma línea de las anteriores novelas, pretende potenciar la capacidad para detectar ambigüedades y vaguedades, para establecer símiles, metáforas y analogías, etc.

+**El descubrimiento de Harry**. Primera de las novelas creadas por LIPMAN y base de todo el programa.

Está pensada sobre todo para niños con edades comprendidas entre *nueve y doce años*, aunque aquí en España se ha utilizado con muchachos de 1.º y 2.º de BUP, 3º y 4º ESO y Programa de Diversificación, y el resultado muestra que sigue siendo interesante y muy beneficioso. El tema central que se desarrolla es el de la **importancia de la lógica** en el lenguaje, el de **la importancia del desarrollo de las habilidades básicas del pensamiento y del razonamiento**, siempre puesto en relación con toda una serie de temas éticos, estéticos, políticos, etc. Por tanto, nos encontramos con una novela enfocada principalmente al **desarrollo de destrezas lógicas** (aunque sea de una lógica informal). En este sentido se potenciará el uso de inferencias inmediatas, simétricas y transitivas, se trabajará sobre las generalizaciones y sobre los silogismos hipotéticos y categóricos, etc.

Llegado este momento, se considera que se han introducido las destrezas y habilidades de razonamiento necesarias para la realización del programa; por ello, a

partir de esta novela las siguientes tendrán un enfoque más específico en los distintos campos filosóficos, sin que esto signifique que se abandona el trabajo y el ejercicio de tales destrezas y habilidades.

+ **Lisa.** Novela prevista para alumnos *de trece y catorce años*; pero, como todas, tiene un campo práctico de aplicación mayor que el que teóricamente se le asignó. El tema principal, sobre el cual giran las distintas situaciones y sus correspondientes reflexiones, es el de los **valores éticos o la reflexión moral**. De ahí que sea una novela fácilmente adoptable a los niveles de 1.º y 2.º de BUP y 4º ESO.

+ **Suki y Mark.** Tratan, respectivamente, y como temas principales pero no únicos, de **las cuestiones estéticas y de los problemas sociales**. Están dirigidas a muchachos de *trece o catorce años en adelante*.

Todas las novelas, que se utilizan «a modo de libro de texto», vienen con su correspondiente «manual» (de

aproximadamente 500 páginas cada uno), en los cuales el profesor encuentra la ayuda necesaria para poder llevar a cabo la «investigación filosófica» con sus alumnos. Así, los manuales contienen una explicación de los distintos temas y conceptos filosóficos que aparecen en la novela, una serie de cuestiones y sugerencias

para entablar los debates y las discusiones, un sinnúmero de ejercicios y de problemas tanto lógicos como filosóficos adaptados al nivel de los niños, para así poder aclarar mediante una labor práctica los temas, ideas y conceptos, etc. Por eso afirma LIPMAN que «la novela de niños debe ir acompañada de un manual de instrucciones para el profesor, porque es necesario saber las cuestiones filosóficas que hay que preguntar a los niños cuando ellos exponen en las discusiones de clase las perplejidades que les han producido los cuentos.

El plan de estudios de la Filosofía para Niños contiene un amplio compendio de cuestionarios y de discusiones, y éstas prosiguen y desarrollan los temas filosóficos que abundan en las novelas. Si, por ejemplo, en una novela, una chica se asombra de que quizás ha sido tratada por su amigo más como una cosa que como una persona, los ejercicios que apoyan y refuerzan este tema están extraídos de Kant y de otros escritores que han reflexionado sobre el carácter ético de utilizar a otras personas para nuestros propios fines» (1985, página 9).

Por último, se celebran periódicamente unos cursillos de formación de profesores en el Programa de Filosofía para Niños, mediante los cuales los futuros profesores de este método adquieren las directrices básicas y las técnicas fundamentales para una correcta y provechosa aplicación del mismo.

La existencia de estos manuales y de estos cursillos ha sido y continúa, constituyendo una de las exigencias más importantes de Matthew LIPMAN y de sus colaboradores. La razón es muy simple; sólo así se puede garantizar la «calidad» filosófica de la enseñanza. Por ello se hace hincapié en la necesidad de una cierta formación filosófica, o al menos un interés real, y una «creencia» en la filosofía como la disciplina adecuada y correcta para llevar a cabo una educación de las destrezas y

capacidades del razonamiento y del conocimiento. Por ello nos da «una advertencia más: algunas veces se propone que se pueden enseñar las técnicas que son especialidad de la filosofía, pero por sí mismas, no en el contexto de la filosofía. Esto puede parecer eficaz a corto plazo; pero es seguramente contraproducente a largo plazo. Las técnicas cognitivas deben enseñarse en el contexto humanista de la filosofía; separadas de este contexto, se convierten en instrumentales y amorales» (LIPMAN, Matthew, 1985).

Finalmente, quisiera apuntar alguna de las **razones que hacen de este programa uno de los más válidos** que actualmente pueda encontrarse.

1. **Por el valor intrínseco del programa:** posibilita el desarrollo de las capacidades y destrezas cognitivas, así como de comprensión y análisis de los problemas que presenta tanto la realidad natural como el entorno social y familiar en que viven los niños. Asimismo, el programa dota a los niños de un vocabulario y de unos conocimientos filosóficos (adecuados obviamente a su nivel de desarrollo) que suponen un notable enriquecimiento cultural y conceptual de los mismos.

2. **Por las teorías e ideas filosóficas, psicológicas y pedagógicas en que se fundamenta.** Por una parte, tenemos los planteamientos acerca del desarrollo de las capacidades cognitivas y de las funciones superiores de Vygotski y posteriormente reelaboradas por Bruner. Planteamientos que tienen gran importancia en el campo pedagógico. Así, por ejemplo, las aportaciones acerca de la relación dialéctica entre «desarrollo» y «aprendizaje», y la crítica a una supeditación del aprendizaje al nivel actual del desarrollo, tal y como propuso Piaget, sin tener en cuenta el «desarrollo potencial», han permitido comprender cómo los límites que se imponen en la educación son restrictivos y no tienen en cuenta que, con cierta ayuda, el niño puede desarrollar capacidades y destrezas que en un principio parecerían estar más allá de su etapa actual de madurez. Por otra parte, sus aportaciones con respecto al origen social del pensamiento permiten apoyar y desarrollar un método basado en el diálogo y en el perfeccionamiento del lenguaje. De ahí que se haga tanto énfasis en la idea de que para pensar bien, para pensar con claridad, hay que saber hablar bien, expresarse claramente.

Con respecto a las ideas filosóficas y pedagógicas, el Programa de Filosofía para Niños se reconoce heredero fundamentalmente de las corrientes americanas del pragmatismo, sobre todo del pensamiento filosófico-pedagógico de DEWEY, y, por otra parte, del análisis del lenguaje, en concreto de los planteamientos de Wittgenstein. En este sentido cabe recordar lo anteriormente dicho acerca de la importancia que el uso del lenguaje recibe en este método.

Por otro lado, el pensamiento de Dewey no sólo es importante por sus aportaciones en el orden filosófico y político —primacía de lo práctico, de la experiencia y preocupación por un orden moral y cívico-democrático—, sino también por sus planteamientos pedagógicos —democratización de la escuela, cambios en la relación alumnoprofesor, el diálogo como método, la experiencia y la investigación en grupo, etc.—, que conducen a LIPMAN a plantear el concepto central de su Programa de Filosofía para Niños: «**la comunidad de investigación**».

3. **Por razones prácticas, es decir, por el resultado que produce.** El programa está funcionando ya desde tiempo en EE.UU., con resultados muy positivos y alentadores, y también en muchos países hispanoamericanos y europeos (Brasil, Chile,

Méjico, Francia, Inglaterra y, como no, en España, donde, aparte de en Cataluña que tiene su centro autónomo, existe un Centro de Filosofía para Niños que está actualmente trabajando en numerosas ciudades). En este sentido LIPMAN nos dice que «la evidencia empírica de que la Filosofía para Niños mejora dramáticamente la capacidad de razonamiento, y esto a su vez mejora la comprensión en matemáticas y en lectura, ha provocado ya el que muchas autoridades académicas pasen del escepticismo al apoyo» (1985, pág. 11).

Como muestra final del valor e interés de este programa voy a remitirme a la opinión de R. Nickerson, de D. Perkins y de E. Smith, quienes en su obra **Enseñar a pensar**, tras revisar un sinfín de diferentes programas

y métodos, nos dicen:

«Nuestra valoración subjetiva del Programa de Filosofía para Niños es positiva. El supuesto de que los niños son filósofos naturales y son capaces de pensar profundamente acerca de cuestiones de trascendencia filosófica, sobre todo si se los estimula a hacerlo, es atractivo. Sospechamos que al tomar en serio a los alumnos como pensadores cuyas ideas merecen ser compartidas y comprendidas, el programa tiene un efecto positivo sobre las actitudes de los alumnos, un efecto que puede resultar difícil de medir. Los materiales preparados para su utilización en clase tienen un amplio contenido y es probable que consigan incitar a los alumnos a entablar una discusión profunda. Sospechamos que los resultados obtenidos en clase pueden depender en gran medida de la habilidad del profesor, pero éste es un comentario que podría hacerse prácticamente sobre todos los programas que hemos considerado en este libro» (1987, pág. 329).

Por tanto, creo que hay razones suficientes para afirmar que el gran valor del Programa de Filosofía para

Niños de Matthew LIPMAN y para continuar en la labor de difusión y de aplicación del mismo en los distintos ámbitos y niveles del sistema educativo.

## BIBLIOGRAFÍA INMEDIATA

### **Novelas y manuales publicados en castellano**

LIPMAN, M.: El descubrimiento de Harry. Ed. de la Torre, Madrid, 1988.

LIPMAN, M.; SHARP, A. M., y OSCANYAN, F. S.: Investigación filosófica. Ed. de la Torre, Madrid, 1988.

LIPMAN, M.: Lisa. Ed. de la Torre, Madrid, 1988.

LIPMAN, M., y SHARP, A. M.: Investigación ética. Ed. de la Torre, Madrid, 1988.

LIPMAN, M.: Pixie. Ed. de la Torre, Madrid, 1989.

LIPMAN, M., y SHARP, A. M.: En busca del sentido. Ed. de la Torre, Madrid, 1989.

LIPMAN, M.: Mark. Ed. de la Torre, Madrid, 1989.

LIPMAN, M., y SHARP, A. M.: Investigación social . Ed. de la Torre, Madrid, 1989

LIPMAN, M.: Kío y Gus. Ed. de la Torre, Madrid, 1992

LIPMAN, M.: Asombrándose ante el mundo. Ed. de la Torre, Madrid, 1992

### **Bibliografía del “Programa de Filosofía para Niños”**

LIPMAN, M., y SHARP, A. M.: Growing up with Philosophy. Filadelfia, Temple University Press, 1978.

LIPMAN, M.; SHARP, A. M., OSCANYA, F.S.: Phylosophy in the Classroom. Filadelfia, T. Univ. Press, 1980.

LIPMAN, M.; SHARP, A. M., y OSCANYA, F. S. : La filosofía en el aula. Ed. de la Torre, Madrid, 1992

LIPMAN, M.: Philosophy goes to School. Filadelfia, Temple University Press 1988.

LIPMAN, M.: Pensamiento complejo y educación. Ed. De la Torre, Madrid, 1998.

LIPMAN, M.: «La utilidad de la filosofía en la educación de la juventud». Revista de Filosofía y Didáctica de la Filosofía, núm. 3, Madrid, 1985.

LIPMAN, M.: «El papel de la filosofía en la educación del pensar». Diálogo Filosófico, núm. 9, Madrid, 1987.

MATTHEWS, G. B.: El niño y la filosofía. Fondo de Cultura Económica, México 1983.

SATIUSTE, V.: «La filosofía para niños de Matthew Lipman», Diálogo Filosófico, núm. 2, Madrid, 1985.

GARCÍA MORIYÓN, F.: «Filosofía para niños». Acción Educativa, núm. 40, Madrid, 1986.

GARCÍA MORIYÓN, F.: «La filosofía para niños, una propuesta sólida y coherente», Revista de Filosofía y Didáctica de la Filosofía, núm. 5, Madrid, 1987.

BOSCH, E.: «Filosofía para Niños», Cuadernos de Pedagogía, número 156, Barcelona, 1988.

NICKERSON, R. S.; PERKINS, D., y SMITH, E.: Enseñar a pensar. Paidós/M.E.C., Madrid, 1987.

RUBERT DE VENTOS, X., y otros: Filosofía y política. Ed. Península, Barcelona 1984.